



HUA, TU FE TE HA SALVADO. ¡ÑINA, YO TE LO ORDENO, LEVÁNTATE!

Domingo XIII del Tiempo Ordinario

“Una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía años y no podía ni casarse por ser equiparada a una leprosa, ni podía acercarse ni dejarse acercar por nadie, confiaba en la bondad de Jesús. Tocar a Jesús significaba transmitirle su impureza legal; por eso lo hace a escondidas, con miedo. Jesús la llama ‘hija’ con cariño y la atiende aún en medio de la multitud”.

(Volver a la Palabra. Lectura orante del Evangelio, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2017).



Sab 1, 13-15; 2, 23-24 | Sal 29, 2.4-6.11-12a.13b | 2Cor 8, 7.9.13-15

Mc 5, 21-43

Cuando Jesús regresó en la barca a la otra orilla, una gran multitud se reunió a su alrededor, y Él se quedó junto al mar. Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se arrojó a sus pies, rogándole con insistencia: Mi hijita se está muriendo; ven a imponerle las manos, para que se cure y viva. Jesús fue con él y lo seguía una gran multitud que lo apretaba por todos lados. Se encontraba allí una mujer que desde hacía doce años padecía de hemorragias. Había sufrido mucho en manos de numerosos médicos y gastado todos sus bienes sin resultado; al contrario, cada vez estaba peor. Como había oído hablar de Jesús, se le acercó por detrás, entre la multitud, y tocó su manto, porque pensaba: Con sólo tocar su manto quedaré sanada. Inmediatamente cesó la hemorragia, y ella sintió en su cuerpo que estaba sanada de su mal. Jesús se dio cuenta en seguida de la fuerza que había salido de Él, se dio vuelta y, dirigiéndose a la multitud, preguntó: ¿Quién tocó mi manto? Sus discípulos le dijeron: ¿Ves que la gente te aprieta por todas partes y preguntas quién te ha tocado? Pero Él seguía mirando a su alrededor, para ver quién había

sido. Entonces la mujer, muy asustada y temblando, porque sabía bien lo que le había ocurrido, fue a arrojarse a los pies y le confesó toda la verdad. Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda sanada de tu enfermedad. Todavía estaba hablando, cuando llegaron unas personas de la casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: Tu hija ya murió; ¿para qué vas a seguir molestando al Maestro? Pero Jesús, sin tener en cuenta esas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: No temas, basta que creas. Y sin permitir que nadie lo acompañara, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago, fue a casa del jefe de la sinagoga. Allí vio un gran alboroto, y gente que lloraba y gritaba. Al entrar, les dijo: ¿Por qué se alborotan y lloran? La niña no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él. Pero Jesús hizo salir a todos, y tomando consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que venían con él, entró donde ella estaba. La tomó de la mano y le dijo: Talitá kum, que significa: ¡Niña, yo te lo ordeno, levántate! En seguida la niña, que ya tenía doce años, se levantó y comenzó a caminar. Ellos, entonces, se llenaron de asombro, y él les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido. Después dijo que le dieran de comer.



Doce años como culmen y dos mujeres, una adulta y una muchachita, que protagonizan, junto a Jesús, la lectura del evangelio de hoy. Dos historias con un mismo mensaje: la Vida nueva en Jesús, que supera los preceptos y las imposiciones de cada época.

Creer, tocar, salvar

La mujer que sufre de hemorragias...

“Entre todos los que han salido a las calles ese día hay una mujer de la que no sabemos el nombre, pero que es identificada con la enfermedad que la aflige: sufre de hemorragias continuas, una enfermedad humillante y que margina a quienes la poseen. Es una mujer y, además, es considerada impura por esas pérdidas de sangre que la atormentan. En las otras ocasiones en las que Jesús ha venido a la ciudad, ella nunca se animó a acercársele. La conocen prácticamente todos, saben cuál es su enfermedad y ha tenido miedo de que, al verla llegar, la echen.

Quiere encontrar al Nazareno, darle a conocer su condición, invocar su ayuda. Lo considera un hombre de Dios. Sin embargo, la ley de Moisés prohíbe a las personas en ese estado que tengan contacto con los demás. Ese día se ha encontrado una vez más frente al dilema: seguir cumpliendo la ley, no cometer pecado y morir, o bien transgredirla, mezclándose entre la multitud, acercarse a Jesús y tener una esperanza de vida. La suya no ha sido una decisión fácil. Finalmente, ha decidido ir al encuentro del Nazareno, asumiendo todos los riesgos y las consecuencias que derivan de ese gesto sacrílego.

La enfermedad que la tiene prisionera ha impreso en la carne de esta mujer la marca infame de la marginación y la exclusión. Desde hace doce años, o sea prácticamente desde toda su vida, ha sido alejada de todo y de todos, puesta al margen de la comunidad porque es impura, condenada a una condición aparentemente sin salida e irremediable. La suya es una historia terrible, hecha solo de vergüenza, de necesidad de esconderse, de estar atenta a que no la toquen, a no tocar ni dejar que los demás toquen sus cosas. Está obligada a la soledad y al silencio. No tiene derechos y nadie siente pena por ella. Es rechazada por todos, evitada porque transmite impureza, porque es indigna hasta de ser considerada un ser humano. Es débil y sin protección, sobre todo por ser mujer.

(...) La mujer está triste y decepcionada, pero no resignada a su condición, a su enfermedad. Por eso elabora un plan. Está dispuesta a correr riesgos, total no tiene nada que perder. A diferencia de tantos otros enfermos que han sido sanados por Jesús, ella sabe que no puede hablar, no puede hacer que la reconozcan porque, si no, corre el peligro de ser alejada. Por eso decide no acercarse abiertamente a Cristo, no invocará su acción frente a la multitud que normalmente se amontona alrededor de él, sino que lo tocará a escondidas.

(...) el Maestro de golpe se ha detenido. Es evidente que solo el Nazareno se ha dado cuenta del gesto de la mujer. Entre todos los que lo empujan, lo apretujan y lo tironean de una parte y de otra, él ha sentido el contacto sutil de la mujer enferma. A diferencia de las otras personas, su tacto apenas perceptible demuestra algo diferente, representa un pedido de ayuda que ha sido escuchado y recibido. Entre Cristo y la mujer ha sucedido algo inaudito. El Señor ha sentido que salía de él la fuerza misma de Dios que ha sido derramada sobre la persona que lo ha tocado a escondidas. Ha habido entre ellos una comunicación vital, corporal, apenas mediada por el manto, que ha producido un nuevo nacimiento y ha realizado una mezcla de fuerzas, de amor. Ambos han sentido correr entre ellos algo que ha creado un vínculo muy fuerte, hecho de reconocimiento recíproco. En fin, en el encuentro y a través del encuentro ha sucedido algo que va mucho más allá de la simple sanación corporal y que se configura más bien como una transformación radical de la mujer misma.

(...) El contacto furtivo con el manto de Cristo se ha transformado en un encuentro personal que le da paz, plena comunión y dignidad de hija de Dios. Desde ese momento podrá vivir una vida normal, abrazar, besar, servir, exclusivamente gracias a la fe. De hecho, su confianza inicial ha sido recibida por Jesús y transformada en fe, que le ha dado, ante todo, la salvación y, como consecuencia, le ha permitido pasar de un estado de segregación a la alegre liberación. La mujer ha tomado contacto no con una fuerza o un magnetismo sanador, sino con la potencia salvífica del Hijo de Dios. La potencia que brota de Cristo es la fuerza del Espíritu Santo que todo lo renueva y que derriba cualquier obstáculo, cualquier barrera, incluida la ley cuando no está hecha para guiar al hombre hacia el encuentro con su Creador”.

(Mujeres de fe, Luigi De Angelis, Editorial Claretiana, 2014).

... y la adolescente en problemas

“Todos los cuerpos cambian a los doce años. Pero para una niña perteneciente a una familia cumplidora de la ley, este cambio venía acompañado de imposiciones. No más la libertad de andar por toda la casa, de tocar cualquier cosa, de ayudar a cocinar... Esas eran algunas de las cosas, además de los cambios físicos, que afectaban el cuerpo de una muchachita de doce años. ‘Mi hija está llegando a su fin’. Y para este cuerpo que está agonizando, Jairo pide sanación y salvación con el cuerpo: ‘Ven a imponerle las manos’.

(...) Sin temor a la impureza de esta muchachita que ya todos creen muerta, como tantas otras veces, Jesús toca. La toma de la mano. Y le ordena: *Talitá kum, ¡Levántate!* Para que no sea la hora del fin, sino la hora de resurgir, de estar de pie, de caminar de un modo nuevo. Esta es la voz que la niña-mujer necesitaba oír. Una voz que llega hasta ella con palabras que no la hundan sino que la elevan, una voz para sacarla a ella y a sus papás del miedo de este momento. Una mano que no va a cumplir las prescripciones del Levítico –no tocar, no tocar, no tocar– sino que está ahí justamente para tocar, para establecer contacto, para que este cuerpo de doce años siga conectado a otros cuerpos, a otras vidas, a toda la posibilidad de relación”.

(*Jesús miraba mujeres y ellas profesaron su fe*, María Gloria Ladislao, Editorial Claretiana, 2014).



Esta oración, tomada de un itinerario de preparación para el sacramento de la Confirmación orientado a los jóvenes, puede aplicarse a muchas realidades y marginaciones de hoy. Cada cual podrá orar con aquella más urgente confiando en “la fuerza del Espíritu Santo que todo lo renueva y que derriba cualquier obstáculo, cualquier barrera”.

“Rezamos al Espíritu Santo

para que nos ayude a conectarnos a la vida...

Vení, Espíritu Santo, viento joven

que recorrés la historia haciendo nuevas todas las cosas...

Vení, Espíritu de vida y libertad,

que nos hacés encontrar con Jesús.

Ayudanos a conectarnos a la vida

y decir un ¡no! rotundo y decidido

a todas las adicciones que amenazan nuestra libertad.

Que ayudemos a nuestros amigos y amigas (...)

Que escuchen la Palabra de Jesús que les dice,

como a la hija de Jairo,

Talitá Kum: Joven, yo te lo mando, ¡levántate!

y que estemos ahí para dar una mano, igual que Jesús.

Amén”.

(Catequesis de confirmación. Talita Kum. Para ser discípulos y misioneros de Jesús.

Cuaderno de trabajo, Marta Boiocchi, Editorial Claretiana, 2011).



Este fragmento está tomado de una de las obras compartidas para rumiar el mensaje del Evangelio. El Autor presenta a mujeres audaces, concretas, sin retórica, conscientes de su propia fragilidad, pero listas para el diálogo y el seguimiento de Jesús.

“El Señor recorre caminos muy particulares, que los bien pensados de todos los tiempos no se animan a transitar. Tiene predilección por los que son diferentes y excluidos. Va al encuentro de los pobres no para dejar que perduren en su situación, sino porque asume sobre él mismo la miseria de toda la humanidad y así transformarla en riqueza. También a nosotros nos pide que estemos dispuestos a emprender el camino de la entrega de nosotros mismos, que lo sigamos a lo largo de la ruta de la hospitalidad hacia tantos hermanos que viven la experiencia de la debilidad y la fragilidad para que, gracias a ese encuentro con ellos, puedan abrirse a la esperanza, puedan vencer con nuestra ayuda su indigencia y descubran que son los destinatarios del amor del Padre”.

(Mujeres de fe).

SEMILLERO

Un Equipo de claretianos, misioneros de la Palabra, elaboró la colección Proyecto Palabra Misión a partir de la experiencia comunitaria. Un itinerario que integra, de modo sistemático, la Palabra en el ritmo de la vida cotidiana, para descubrir nuestra identidad humana y nuestra vocación-misión cristiana. Con aportes literarios, históricos y teológicos actuales, sugiere una lectura personal y grupal.

Acogida a los marginados

“Dentro de la autolimitación, histórico-salvífica y pedagógica, de su actividad a Israel, Jesús tiene otra limitación, o mejor, una opción preferencial (...). En primer lugar, y en contraste con todos los grupos selectos,

tanto de Qumran, como los separados fariseos, Jesús acoge a los marginados por la sociedad y especialmente por los grupos dirigentes y religiosos (saduceos y escribas de los fariseos).

Destinatarios privilegiados de Jesús, por serlo de la Buena Nueva del Reino, son sobre todo los pobres (Mc 12,38-44; 14,7; Mt 5,3; 11,5; 25,31-45; Lc 1,52s; 4,18; 6,20ss; 7,22; 14,13-21.33; 16,19-31). Aquí entran los niños, despreciados y apenas tenidos en cuenta hasta entre sus discípulos (Mc 9,33-37; 10,13-16; Mt 9,21,25; 18,1-10; 19,13-15; 21,15s; 25,40.45; Lc 9,46-48; 18,15-17). Ellos son los pequeños a privilegiar por los servidores en la comunidad eclesial; y el modelo de la actitud a tomar por todo el que quiera entrar en el Reino.

También la mujer, considerada ser humano de segunda clase por la mayoría del pueblo judío de entonces... y de tantos otros pueblos y culturas. Jesús trata con ellas, incluso si son de mala fama o están en especial situación de 'impureza'; y ellas se sienten bien acogidas y 'sirven' a Jesús y los suyos (Mc 1,30; 5,21-43; 7,24-30; 10,1-12; 12,38-44; 14,3-9; 15,40-41.47; 16,1ss. Además de los textos paralelos, Mt 1,3.5-6.16ss; 13,33; 21,28-32; 25,1-13; 28,1-10; y sobre todo Lc 1-2; 3,25s; 7,11-17; 7,36-50; 8,1-3; 10,38-42; 11,27; 13,10-17; 16,18; 18,1-8; 23,27-32.55-56; 24,1-11). La sensibilidad femenina y feminista nos hace especialmente atentos a esta faceta; pero está ahí realmente. Tal vez ya bastante soterrada por el ulterior patriarcalismo y clericalismo eclesial, como algunas sospechan".

(Les hablaba del Reino de Dios, Félix Cisterna, Editorial Claretiana, 2004).